

Circunstancias personales

Alberto Infante

He pensado que para presentar el libro de Alberto lo primero que debía hacer, además de agradecerle el honor de estar aquí con él y con vosotros nada menos que en la sala Borges de la Casa de América, es contar cuál fue la circunstancia personal que nos reunió,

Conocí a Alberto hace más de cuatro años en los pasillos de un ministerio. Nuestra jefa de entonces, luchábamos contra el imperio del mal, me dio su nombre y me dijo que hablase con él para que se uniese a nuestro equipo. Él se presentó con un currículum impresionante que yo en ningún momento me creí. Las personas reales no son así y, si existen, no están en un ministerio me dije, aquí hay gato encerrado.

Aseguraba que era médico, que era funcionario y mientras hablaba yo veía a un hombre guapo, atractivo, suelto, inteligente. Según avanzaba la entrevista fue contando que sabía idiomas, que había viajado por todo el mundo, que era feminista, que era de izquierdas y que un oscuro pasado en común le unía a nuestra jefa. A mí no me la das, pensaba yo. Repito, luchábamos contra el imperio del mal. Sólo me quedé con esa última frase. Y me pareció que ahí estaba la clave de todo ese montaje. Alberto era un simulador, un espía, un chivato que los buenos, los de nuestro imperio, me habían puesto para averiguar si yo era una agente doble, si nuestros compinches eran o no traidores. No era posible haber conseguido así por las buenas un fichaje semejante. Lo supe enseguida, Alberto ni siquiera se llamaba Alberto y mucho menos Infante. Era un impostor y yo iba desenmascararle.

Y hoy por fin lo he conseguido. Porque lo que es Alberto, además de todo ese currículum que entonces leí con incredulidad, es un escritor. Eso es lo que le permite ser tantas personas a la vez, vivir tantas vidas como si fueran

propias. Los escritores somos impostores, embaucadores, mentirosos, gentes de poco fiar por eso nos reconocemos entre nosotros en cuanto nos vemos.

El cuento es un artilugio que no admite trampas. Faulkner decía que los relatos son la forma literaria más exigente que hay después de la poesía y que sólo los que no consiguen escribirlos bien se dedican a las novelas.

La novela puede enmascarar con más facilidad sus carencias. Un texto largo si consigue el encanto, la magia de atrapar al lector, puede digerirse a pesar de sombras u oquedades. El cuento no. En un cuento no puede sobrar una sola palabra: “Hay menos sitio para la basura”, decía Faulkner. El relato es como un arco en tensión, como la cuerda de una guitarra que si no está bien ajustada, produce, en vez de música, un ruido insoportable. Todos los que hemos asistido a talleres literarios estamos acostumbrados a escuchar la lectura de cuentos bien intencionados, con una cierta gracia, con un cierto talento, pero que se deshacen en la nada sólo por una explicación de más, por una palabra de menos.

Lo que resulta más difícil todavía es mantener esa tensión, esa expectativa, con palabras adecuadas. Con palabras que se ajusten a la idea. “Quien sabe sentir sabe decir”, escribía Cervantes y Flaubert: “La palabra nunca falta cuando se posee la idea” y añadía “El talento de la escritura no consiste sino en la elección de las palabras. La precisión constituye su fuerza”.

Alberto ha conseguido, en el libro que hoy presentamos, escribir unos cuentos que desde el principio nos atrapan, que nos conmueven. “Circunstancias personales” nos muestra ya a un escritor seguro, en plena madurez creativa que sabe a donde va y lo que quiere y que, por eso mismo, transmite autoridad narrativa y buen hacer literario.

Sus relatos transmiten verdad porque son experiencias o inventos que han sido masticados y digeridos por el autor, se han convertido en parte de sus músculos, de su estómago de sus hígados. Alberto hace lo que alguien ha

denominado escribir desde las tripas. En sus historias están todas esas emociones profundas y al mismo tiempo sencillas y básicas: la compasión, la solidaridad, los miedos, las debilidades que se trasladan inmediatamente a un lector intrigado que las hace suyas con toda naturalidad.

Porque si algo tiene la prosa de Alberto Infante es que además de ser clara, correcta, es decir, sencillamente culta, tiene ese grado de calidez que nunca roza la cursilería.

Además alguno de sus cuentos tiene un cierto toque irónico, un sentido del humor implícito, inteligente. No el humor que nos hace reír a carcajadas sino ese humor que nos hace sonreír pero sobre todo nos convierte en cómplices del que lo utiliza porque atañe a las raíces más profundas de lo que somos y lo que queremos ser en el mundo. Y encima es entretenido.

Cuando uno se pasea por el Museo del Prado nota a simple vista que hay pintores que odian a sus personajes y que los maltratan pintándoles como realmente eran. Quizá el ejemplo más sobresaliente es Goya. Hay otros que quieren a sus personajes, que los perdonan, que los salvan y que aunque los redimen siempre no por eso dejan de ser realistas. Y pienso en Velázquez. En esta tradición realista y al mismo tiempo compasiva se inscribe nuestro escritor. La mirada de Alberto no es una mirada que juzga sino una mirada que comprende, que muestra y que se pone del lado de los personajes que crea.

Quizá esto se explique porque, aunque Alberto es hablador y abierto, hay algo de él en ese funcionario cumplidor que no habla con sus compañeros, mucho de él en ese hombre que pide ayuda a una monja, gran parte de sus inquietudes más profundas en esa feminista solidaria que acude a la llamada de cualquier mujer en problemas, algo de sus vísceras en ese alferez que juega al ajedrez con su teniente coronel chusquero. Pero, lo curioso, es que en algunos cuentos, como en este último, es que también hay algo de él en el teniente coronel. Esta mirada sutil a la psicología

profunda de los motivos de sus personajes, que por cierto me recuerdan en algo al “afán” de los personajes de Luis Landero, le permiten transmitirnos la complejidad de la vida tal cual. Quizá eso es lo que nos emociona, esa sensación de que, más que recibiendo ejemplos o lecciones morales, estamos tocando verdad.

En sus relatos no hay odio, no hay revancha y en la trama oculta que el autor no explicita me da la sensación, (y esto, Alberto, es una pura intuición) que hay todo lo contrario, una especie de ajuste de cuentas, de reconciliación con tu propia historia personal.

El autor conoce bien los espacios donde suceden sus historias, Estambul, un ministerio, las calles de Madrid, un convento de monjas, algún barrio del País Vasco.... Dice que algunas tienen raíz autobiográfica (el mismo título parece mostrarlo) pero ha conseguido que eso no se note. Es decir ha seleccionado los elementos del relato en función del interés narrativo, del interés del lector y no de su propio interés como protagonista de algunos de ellos. Pero este conocimiento del medio en el que se mueve, ese pisar fuerte sobre terreno seguro, en cambio da mucha verosimilitud al relato y por tanto mucha seguridad al lector.

Y por lo que vengo diciendo, por todo eso que hay de Alberto en su literatura, estos cuentos son a la vez rurales y urbanos, aldeanos y cosmopolitas, apocalípticos e integrados, heterosexuales y homosexuales, machistas y feministas, pijos y proletarios, intelectuales y sentimentales.

Finalmente quiero leer una cita de Hanif Kureishi que creo que encaja muy bien con los cuentos de Alberto Infante:

“El maestro Chéjov enseñaba que los acontecimientos más profundos, más extraordinarios y que más nos afectan suceden en lo ordinario, lo cotidiano, lo que no llama la atención, en aquello en lo que no nos fijamos. Estas observaciones de lo ordinario se mezclan con la experiencia de todos los demás -lo universal- y con lo que es ser niño, padre marido, amante. La mayor parte de los momentos significativos de una vida son insignificantes

para las demás personas. El arte es mostrar cómo y por qué son significativos y también por qué pueden parecer absurdos.(...)

Al final sólo hay un tema para el artista ¿Cuál es la naturaleza de la experiencia humana? ¿En qué consiste estar vivo, sufrir y sentir? ¿Qué es amar o necesitar a otra persona? ¿Hasta qué punto podemos conocer a otro? ¿O a nosotros mismos? En otras palabras, qué es ser un ser humano. Estas son preguntas que nunca pueden responderse satisfactoriamente, pero que hay que plantear una y otra vez en cada generación y por cada persona. El escritor comercia con la insatisfacción.

Gracias Alberto por haber escrito este libro y por habernos dejado leerlo.

María Tena

Madrid, 24 de febrero de 2009

Sala Borges

Casa de América